





TE VOY A CONTAR  
UNA HISTORIA



eRRe

TE VOY A CONTAR  
UNA HISTORIA



Primera edición: noviembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© eRRe

ISBN: 978-84-18958-76-2

ISBN digital: 978-84-18958-77-9

Depósito legal: M-32869-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*...y entonces el mundo le dijo a la niña:*  
*—¿Y esos ojos tan profundos que tienes?*  
*—Para soñarte mejor.*



## LA PRIMERA HISTORIA

Os voy a contar una historia.

Érase una vez...

—Me han robado el alma.

—¿Y qué es lo que has hecho tú con ellos?

—Lo mío es fruto de la consecuencia, o más bien, ellos han pagado la consecuencia de mi falta de alma.

—¿Y crees que es justo que ellos lo hayan pagado?

—La justicia tiene muchas caras, usted también lo sabe, y la mayoría de las veces esa faz no tiene nada que ver con la rectitud, tampoco con la equidad, la mayoría de las veces tan solo se trata de una moneda lanzada al aire.

—Pero no estamos hablando de sortear el campo de juego, han muerto muchas personas.

—Lo crea o no, lo siento. Es algo mucho más profundo que una mera cuestión de muertes, se trata de un robo muy muy especial, como le he dicho antes, me han robado el alma.

—Creo que la cuestión fundamental que está dejando escapar, suponiendo que no sea algo premeditado por su parte para hacerme perder el tiempo, es que mientras

usted reduce todo a una cuestión personal y subjetiva hay muchas familias que esperan una respuesta sobre sus seres queridos, hágase cargo, por favor.

—Hay muchas otras cuestiones, inspector, la cuestión fundamental no es la que acaba de decir sino quién la lee, es decir, a quién le importa.

—¿No le importan las personas que ha asesinado?

—No me importaban sus cuerpos, cierto.

—¿Entonces?, ¿acaso se trata de su alma?

—No le tenía por un idiota inspector, pero poco a poco se empeña en demostrarme todo lo contrario. La cuestión no es su alma sino la mía. Ya le he dicho que me la han robado.

—¿Esperaba encontrarla en sus cuerpos?

—Imagínese una mañana en la que se levanta y va a hacerse el desayuno, se sienta a la mesa, se prepara el café, la fruta, los cereales, los huevos o lo que coño desayune. Coge el móvil y echa un vistazo a las noticias, la misma mierda de siempre. Recoge y cuando está a punto de irse a lavar los dientes, lo siente, hay algo descolocado en su nuevo día, algo que no está dentro de su orden, ¿de qué se trata? Aún no lo sabe.

—Déjeme comprender. Le han robado el alma y para intentar encontrarla ha matado a siete personas, o al menos que es el culpable de su desaparición, como nos ha dicho. No se trata de que el alma hurtada se encuentre en el interior de sus cuerpos sino de... ¿de qué?

—Mire, el primero era un simple repartidor. Lo sé, supongo que como el resto y a ojos de la gran multitud,

no se lo merecía, pero... seguro que hay mucha gente que no opina lo mismo, ¿no cree?

—¿Es así?

—¿Quiere que se lo cuente?

—Creo que simplemente es un egoísta. Lo único que le importa es usted, usted y su historia, sus circunstancias, su cuento... pero olvida que hay, como ya le he dicho demasiadas veces, un montón de familias que están esperando que les diga, si acaso es cierto que los haya asesinado, dónde se encuentran sus hijos.

—Puede tomarlo como quiera. Si lo prefiere, como ha hecho, llámame egoísta, supongo que por mucho que me empeñara en explicárselo no llegaría muy lejos, no hay mayor ciego que el que no quiere ver, pero le digo que se equivoca, no soy yo el centro ni el objetivo de mi preocupación, sino precisamente ustedes, ya ve.

—¿Y eso cómo puede ser? ¿Me va a decir que después de haber matado a esos siete chicos lo hizo por su bien?

—No solo por su bien, por el bien de todos, de toda la humanidad.

—Creo sinceramente que nos está tomando el pelo, y lo que es peor, durante un tiempo he creído que podría, de algún modo, confiar en usted, pero ya veo que me equivocaba. Permítame una pregunta a la que responda sinceramente.

—Lo crea o no, no le he mentado.

—Muy bien, pues contésteme entonces, ¿en algún momento me va ayudar o va a seguir tejiendo esta especie de telaraña?

—Cuando usted comienza un estudio, el maestro no empieza por los efectos, ¿verdad?, de igual modo mi historia necesita ser contada con un cierto orden, aunque también es verdad que podría saltarme algunos pasajes, todo dependerá de usted.

—Si por mí fuera le puedo asegurar que iríamos directos a esos resultados que dice.

—No se trata solo de una cuestión de orden, podríamos ir directamente a la razón final, pero créame, no lo entendería.

—Lo único que quiero entender, lo único que esperan de usted las familias de esos chicos es que nos diga dónde están.

—Constantemente hace que nos desviemos del camino, si vamos demasiado lento, mucha culpa es suya, solo hay un modo, o lo acepta o terminará por tener que aceptarlo, no hay otra opción.

—Es desesperante, de verdad. Si supiera lo cerca que está de que corte el hilo que le mantiene en una posición cómoda, seguramente no tensaría tanto la cuerda.

—Seguramente si supiera usted lo cerca que está de no encontrar nunca los cuerpos de esos chicos no estaríamos hablando así.

—Pero, ¿qué es lo que espera?, porque podemos pasarnos hablando todo el día y no llegar a ningún punto válido, ni para usted ni para mí. Por favor, sea franco, ¿qué es lo que debo de hacer para avanzar?

—Bastaría, de momento, con que me escuchara un par de minutos, luego, si lo desea, decide.

—¿Decido? ¿Qué tendría que decidir?

Primero, como le he dicho, me tendría que escuchar durante un par de minutos.

—Muy bien, pues comience.

—El repartidor, ¿recuerda?, vivía solo, 34 años, sin nada que pudiera llamar la atención. Hace seis meses se queda solo, completamente solo, su madre fallece de cáncer...

—¿Y?

—Tenga paciencia, solo llevamos unos pocos segundos, le he pedido un par de minutos.

—Muy bien, continúe.

—Gracias. Pasa las mañanas con un café en la mano mirando por la ventana, recordando, vagando por un mundo que ya no existe, por una realidad que ya no le pertenece. Por las tardes coge su bicicleta y acepta los encargos de reparto por un módico precio, después vuelve a casa, le espera la tele y una cena precocinada...

—¿Qué hay de especial? ¿Acaso es de los que piensan que la escena que describe es algo anormal?

—Sigue impacientándose inspector, aún no he terminado.

—Perdón.

—Un poco más de tristeza, un libro en la mesilla de la cama y un pedazo de sueños rotos, después, tan solo una noche eterna que no termina siquiera con el alba...

—¿Ha concluido?

—Tenía que matarlo.

—¿Tenía que matarlo? Perdóneme, pero no soy capaz de encontrar la conexión entre su historia y la necesidad de cometer un asesinato.

—Inspector, tengo que encontrar mi alma.

—Hay algo que aún no me casa en todo esto, y eso que lo único que vislumbró en este laberinto son solo piezas desubicadas. Escuchándole hablar puedo atisbar, en su monólogo, dos conjeturas que se repiten en mi subconsciente: la primera es que de algún modo yo formo parte de su locura, sea la que sea; la segunda es que no ha terminado aún de buscar su alma.

—Veo que empieza a comprender.

—Entonces, si así es..., no sé si preguntarle primero por mi papel en su historia paranoica o cómo pretende continuar la búsqueda de su alma ahora que está detenido.

—Le prometo una cosa, si realiza la pregunta adecuada obtendrá una respuesta que le ayudará.

—El problema de eso es que usted sigue teniendo, o al menos creyendo, que tiene la sartén por el mango, y eso, como puede comprender, disloca la verdadera realidad de esta situación. Por mucho que lo intente o lo quiera y por mucho que yo se lo permita, usted sigue detenido y yo sigo siendo inspector de policía.

—Yo no tengo más que perder, usted sin embargo...

—Si aceptáramos ver la situación desde una perspectiva objetiva y realista, comprenderíamos los dos, que en realidad no es como usted lo pretende pintar. Yo no tengo por qué perder nada. Esto no se trata más que de un caso más en mi carrera. Rezo porque todo llegue, finalmente, a buen puerto, pero descuide, los muertos ya están muertos y yo..., bueno, yo, después de este, tendré más casos, más gente mala a la que buscar.

—Pero no es así, no puede ni le permito mentirme.

—¿Cree acaso que lo intento?

—Creo que intenta mentirse a sí mismo. A veces hablamos en voz alta con la sola intención de escucharnos y poder creer esas palabras que tanto nos cuesta encontrar en nuestro interior. Inspector, este nunca será un caso más para usted, los dos lo sabemos.

—Pero podría llegar a serlo.

—Nunca lo será.

—Si se empeña, si me dejo no me quedará otra salida, o apartarme del corazón, hacerlo impersonal para poder ser objetivo y válido o apartarme físicamente porque mis superiores crean que ya no soy objetivo, y por tanto, válido, de cualquier modo quedo apartado, y por ende, de cabeza a otro caso.

—Pues no permita que eso ocurra inspector.

—Dependerá de los dos. Si usted sigue enrocado en sus trece de crear metafísica de cuestiones tangibles, daremos tantos rodeos que en alguna de las espirales será expulsado lejos del centro en el que voluntariamente usted se sitúa, quedará usted por tanto solo, y yo lejos. Podría decirse que los dos habremos perdido.

—Pero no es así.

—Los dos habremos perdido.

—Solo usted habrá perdido inspector. No lo olvide, lo que yo podía perder ya lo he perdido.

—Su alma..., siempre su alma.

—No es una cuestión banal. Toda esta historia comienza y terminará con ella.

—Me cuesta convencerme de que su alma sea tan valiosa. No se ofenda, pero le tengo en frente y no sé por qué se empeña en sentirse tan especial.

—El alma de cualquier persona es especial.

—Sin embargo, usted es capaz de matar por recuperar la suya. No le importa destruir otras, eso significa que da más valor a unas que a otras.

—No es exactamente así, pero se aproxima.

—Explíquemelo.

—¿Entonces no quiere saber antes su papel en esto?

—Terminará haciendo lo que crea oportuno.

—¿Ya se ha rendido inspector?

—Las guerras constan de pequeñas batallas, es mejor perder algunas de las últimas que la primera.

—No divagaré ahora, pero le permitiré elegir, ¿qué quiere saber, su papel o la metafísica de las almas?

—Si puedo elegir me decanto por mi papel, aún a riesgo de parecer trivial prefiero acercarme al resultado físico que al teorema espiritual que lo mueve.

—Utilizando su razonamiento le diré que no basta tan solo con conocer, además ha de comprender, pero soy un hombre de palabra, le contestaré. Imagínese un cubo de Rubik, la dificultad para realizarlo no depende del propio cubo, es el mismo y es igual para todos, sino de la capacidad de la persona que lo intenta. Unos optarán por visionar un video y ejecutar paso a paso sus instrucciones, finalmente lo harán, completarán todas sus caras con sus respectivos colores, y se sentirán tan orgullosos como les permita su ego. Otros lo intentarán por sí mismos una

y otra vez, algunos lo conseguirán, los menos, y estos se sentirán tan felices como les permita su entorno, y otros, los más, se rendirán, más pronto que tarde, y buscarán el video de los primeros para finalmente mentirse diciéndose lo cerca que estuvieron de lograrlo, con eso, a los más, les valdrá, a los menos les será necesario intentarlo otra vez, por sí mismos, sin ver el video, y estos últimos se sentirán tan seguros como les permita su memoria. Y por último, están los que se conformarán con ver cómo otros lo hacen, bien a través de la pantalla, bien en directo, después se inventarán una excusa para no intentarlo y lo olvidarán tan rápido como se lo permita la banalidad de su espíritu. Inspector, ¿dónde se encuentra usted?

—La pregunta la debía responder usted.

—Solo pretendía dirigir su atención hacia el lugar correcto.

—Tiene toda mi atención, no se preocupe por ello.

—Muy bien, como quiera, usted, ni más ni menos es el propio cubo de Rubik.

—Como de costumbre, no hemos avanzado nada. Usted continúa haciéndome perder el tiempo y yo continuo permitiéndoselo.

—¡Espere! No se mueva ¿Es que no lo ve? Le he comenzado diciendo que la dificultad para lograr rehacer el cubo con todas sus caras respetando sus correspondientes colores no depende del propio cubo, este no dispone de un código programado que eleve su nivel con cada nuevo reto, no dispone de objetivos ni tiene prefijadas facilidades para dar esperanza, no aprende artificialmente

haciendo cada vez, más difícil su resolución, no depende de las veces que lo hayamos intentado o del momento del día o de la cantidad de energía que quede en sus circuitos, tan solo, únicamente, depende de la persona que lo está intentando. Usted está aquí para que yo pueda jugar.

—Supongo que espera que reconozca su superioridad, podría admitir incluso que el silencio se halla bajo su peso, no hay una molécula de oxígeno en esta habitación que no esté escuchando sus palabras, no obstante ¿Qué es lo que espera de esta conversación? No puede negarme que a pesar de que los derroteros se dirijan hacia la única meta que usted propone, o esta se encuentra muy alejada, con lo cual no puedo verla, o se encuentra tan minuciosamente oculta que no puedo verla, en cualquier caso, no puedo verla, por lo que, de algún modo, usted también está fracasando.

—¿Sabe?, me costó muchos años entender que no puedo cambiar a la gente, algunos años más que no puedo pretender que los demás se comporten o actúen bajo supuestas reglas universales, y toda una vida que no lo puedo todo. Sigue equivocado, y si en algo tiene parte de razón es en la última premisa que ha expuesto, yo también estoy fracasando, aunque se sitúe aún muy lejos de una teoría válida, pues mi pretensión en esta especie de juego no es que los segundos, minutos, horas y días pasen sin ningún sentido, que caigan al cajón de los sueños rotos, sobre todo, los de las familias de esos pobres chicos, ni tan siquiera que pueda llegar a divertirme en forma alguna con ello, le puedo asegurar que mi último y único objetivo es encontrar mi alma.

—Le sugiero, si acepta consejos, que sea más tangible.

—Lo soy, no lo dude.

—Pues deberá de serlo más todavía, hasta ahora lo sutil gana por goleada, y o yo soy muy torpe o usted no logra dar el sentido correcto a sus parábolas sublimes.

—Comprendo, y como reconocimiento a ello intentaré pulir un poco más mis ideas, al menos hasta que la sustancia que sobresalga de ellas sea visible a simple vista, pero permítame a mí también darle un consejo, por favor, no se centre en exclusiva, como hasta ahora ha hecho, en el fin, creo habérselo dado ya entender antes, el objetivo no es llegar a cualquier precio al destino, si así lo hiciera no podría ver, o al menos, no podría entender con la constancia debida, quedaría perdido ante la evidencia y nada obtendría de ello, por favor, ayúdeme a caminar.

—¿Pretende que le ayude a encontrar su alma?

—Así es.

—Pero..., vale, aunque sigo sin comprender una mierda.

—Se lo intentaré explicar de otro modo.

—Por favor, recuerde su compromiso para con lo físico.

—Eso haré. Imagínese que todo el mundo estuviera empeñado en hacerle ver de otro modo. Por ejemplo, imagine que, de pronto, hubiera una especie de conspiración involuntaria donde todo el mundo se pusiera de acuerdo en que la expresión «sí», pronunciada en el idioma que fuera, significara «no». Usted, intentando encontrar una salida para hacerme perder mi posición, pronto podría decir, no en todas las partes del mundo el gesto «sí», tan general-

mente aceptado, se realiza del mismo modo, y sería cierto, aunque yo no le he hablado en ningún momento del gesto, sino del significado de la palabra, no obstante, para intentárselo aclarar le modificaría un tanto el modelo, y se lo cambiaría por el concepto de blanco y negro, pretendiendo que aprendiera la suposición de que blanco significara negro y a la inversa. Imagine ahora que, durante un tiempo, usted, de forma evidente, manifestara su disconformidad, en su intento, enarbolaría toda clase de explicaciones y manifestaría sus más precisas convicciones al respecto, pero como le he dicho, la abnegación del resto de mortales no respondería a algo premeditado conscientemente sino totalmente involuntario, por lo que de nada valdrían sus intentos. Dígame una cosa ¿Cuánto cree que aguantaría en su propósito? ¿Cuánto cree que tardaría en sucumbir ante el resto? Y una última cuestión, cuando cesase en su empeño ¿Cuánto cree que tardaría en olvidar?

—Intentaré hacer su ejercicio de la manera más precisa que me sea posible, no sé cuánto de cerca quedaré.

—Toda acción y resultado comienzan con un intento.

—Muy bien. Lo que me propone no me resulta del todo nuevo. Creo recordar que ya existen experimentos, del tipo pruebas para seleccionar a aspirantes en puestos de trabajo, que proponen algo parecido. A priori, lo que me parece es que, según mi propia experiencia, de sobra manifestada en nuestra reunión, intentaría adaptarme a las nuevas reglas lo antes posible.

—Lo que nos lleva de un solo salto a mi última pregunta ¿Cuánto cree que tardaría en olvidar?